



## SEMINARIO

# TEORÍA E HISTORIA DE LA RESTAURACIÓN EN ESPAÑA. 1900-1936



Coordinación de la publicación:  
Julián Esteban Chapapría. Dr. Arquitecto.  
Liliana Palaia Pérez. Dra Arquitecta.



**UIMP**  
VALENCIA

**TEORÍA E HISTORIA DE LA RESTAURACIÓN EN  
ESPAÑA. 1900-1936**

**INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA  
Y RESTAURACIÓN MONUMENTAL**

Antonio Almagro Gorbea

ajudo

Debo iniciar esta charla con la advertencia previa de que versa sobre un tema que creo hasta ahora escasamente tratado, y por tanto el estudio que de él hago ha de ser necesariamente considerado como parcial. Como ya veremos, me centraré de forma intencionada en un aspecto concreto que pienso que reviste especial interés, no solo por la trascendencia del tema en sí, sino por ser el que de una forma más directa tuvo relación con la restauración monumental en el período que estudiamos, y muy especialmente con algunos de sus protagonistas más importantes.

La aproximación al tema requiere de alguna precisión previa. En primer lugar conviene determinar que debemos entender por investigación arqueológica, y que se entendía en el período en estudio por tal concepto. La arqueología, como ciencia auxiliar de la Historia o mas bien como ciencia histórica, trata de desentrañar las vicisitudes y el desarrollo de los individuos y las sociedades en todos sus aspectos a través del estudio de la cultura material por ellos dejada. Es decir, constituye una aproximación a la historia mediante el análisis de cuantos testimonios de la producción humana de índole material hayan subsistido y sean testimonio del quehacer de alguna persona, sociedad o cultura del pasado.

86

Aunque el concepto en sí de la arqueología pueda estimarse inalterado desde sus primeros balbuceos de mano del considerado padre de esta ciencia, Winkelman, a mediados del siglo XVIII, los ámbitos de estudio y sobre todo, las técnicas de análisis han sufrido una evolución de enorme trascendencia. Sirva como ilustración a este respecto la propia definición del diccionario que recoge con toda claridad el concepto tradicional con que esta ciencia se desarrolló inicialmente: "ciencia que estudia todo lo que se refiere a las artes y a los monumentos de la antigüedad". Aunque a esta definición puede dársele el significado que hoy tiene la arqueología por la simple extensión de los conceptos que hoy damos a las "artes" y a los "monumentos", no cabe duda de que a tenor de que la significación que en otra época tuvieron, parece claro que la arqueología tuvo inicialmente un ámbito más reducido que el actual. En los orígenes la historia se analiza a través de los grandes hechos, los grandes personajes y los ideales de perfección y belleza que se atribuyen a cada época y que se tratan de estudiar a través de las "obras de arte y los monumentos". La historia menor, la historia de la sociedad en un sentido más amplio y de la vida cotidiana no entra en estos

estudios, en primer lugar porque en las crónicas oficiales no se habla de ella ni queda siempre reflejada en las grandes creaciones artísticas. A medida que el interés por esa historia menor cobra relevancia, la arqueología progresa ampliando sus campos de estudio a todo el abanico de lo que es la producción material del hombre, constituyendo en muchos casos fuente primordial, cuando no exclusiva de información sobre la cultura y la vida de una sociedad.

También resulta significativo que la definición clásica circunscriba los estudios de la arqueología a la antigüedad, período al que inicialmente se refirieron sus investigaciones. Conviene sin duda considerar que una de las razones del desarrollo de la arqueología fue completar los estudios históricos especialmente en aquellos períodos o áreas geográficas en que la falta de testimonios escritos hacía imposible el avance de los conocimientos históricos. A medida que la arqueología fue perfeccionando sus técnicas y con ello fue capaz de suministrar más precisa información y en mayor cantidad llegando incluso a rectificar datos sustentados en fuentes escritas a las que siempre cabe atribuir la subjetividad que acompaña a todo cronista o historiador, el ámbito de aplicación se ha ido extendiendo también en lo temporal.

87

Así, la ley de excavaciones arqueológicas de 1911, amplía ya el concepto de antigüedad a la edad media, período al que sin duda no prestaron atención los primeros arqueólogos. Hoy, cuando se habla de arqueología industrial, que alcanza plenamente a nuestro siglo, nos encontramos sin duda ante la clara extensión del concepto al estudio de todo testimonio de la cultura material, contenga o no valores artísticos y en cualquier período de la existencia de la humanidad.

Toda esa introducción nos debe servir como la referencia para situar la problemática de la investigación arqueológica en la etapa que analizamos y de forma especial en España, en donde los avances especialmente metodológicos sufren un retraso considerable con respecto a Europa. Estos años de los comienzos de siglo van a suponer de hecho un momento crucial especialmente en lo relativo a la extensión de los ámbitos temporal y temático de las investigaciones arqueológicas. Son los años que ven promulgarse la ley de Excavaciones de 1911, que para su avanzado criterio para la época será mantenida íntegramente por la Ley del Patrimonio Artístico de 1933, y que se ha mantenido por tanto vigente hasta la promulgación de la reciente Ley de Patrimonio Histórico de 1985. Son los años en que se inician las excavaciones sistemáticas de los grandes

yacimientos españoles: Ampurias, Numancia, Mérida, Sagunto, ... y se consignan en los presupuestos del Estado partidas fijas para tales fines. La ciencia arqueológica se consolida como tal y los arqueólogos, aunque sin titulación propia, cosa que no tendrán hasta los 70, van surgiendo de los cuerpos universitarios y de conservadores de museos.

También en estos años se acometen las primeras restauraciones de ruinas arqueológicas recién excavadas en donde los criterios conservadores y la anastylosis van a tener sus primeras experiencias en obras como la del teatro romano de Mérida excavado entre 1910 y 1915 por José Ramón Mélida.

Entre 1916 y 1925 el arquitecto Antonio Gómez Millán (1883-1956) realizó una anastylosis o reconstrucción reponiendo los elementos en su primitivo emplazamiento, casando piezas, etc. con criterio sumamente respetuoso de modo que sólo acomete aquello que es seguro. Precisamente será Gómez Millán el ejecutor de las restauraciones concebidas por el marqués de la Vega Inclán en el patio del yeso de los alcázares de Sevilla, arquetipo de intervención conservadora.

Pero dentro de este panorama global en el que la arqueología va incorporándose al panorama de la investigación histórica, también jugará un importante papel influyendo de forma cada vez más intensa en los criterios de restauración y condicionando los criterios del grupo que se ha venido en llamar escuela conservadora o antirrestauradora. No en vano, entre sus componentes más destacados se encuentra Manuel Gómez Moreno, considerado una de los principales arqueólogos del momento y especialista en temas de arqueología medieval, cuyo influjo será importantísimo en varios de los arquitectos de los que más tarde trataremos. De la mano de la arqueología se van justamente a atacar de modo frontal las restauraciones caprichosas que alteran los monumentos sin fundamentos científicos y que precisamente por ello alteran su calidad de documentos históricos por el mero capricho de quienes en base a supuestos ideales estéticos o de conceptos históricos preconcebidos deciden a priori como fue o como pudo ser un edificio y pretenden llevarlo a ese estado ideal. La repulsa a todo aquello que pueda suponer un engaño o una mistificación de la verdad que todo objeto del pasado contiene será el principio fundamental de confrontación de la escuela "conservadora" con la "restauradora". Este principio es sin ninguna duda una base fundamental en la investigación arqueológica que se basa en hechos (objetos materiales a ser posibles localizados en su

contexto original) irrefutables y que ve como su mayor enemigo la manipulación y falsificación de estas pruebas del pasado.

Las técnicas de investigación arqueológica y especialmente la teoría y la práctica de las excavaciones arqueológicas se encuentra aún muy retrasada en España en este primer tercio del siglo. Prácticamente hasta los años cuarenta no empezará a utilizarse el sistema de excavación estratigráfica, que proveniente del campo de la geología y a través de los estudios prehistóricos se había ya extendido en la segunda mitad del siglo XIX en distintos países de Europa. En España, la arqueología seguía viéndose e gran medida como una actividad encaminada a recoger objetos "bellos" del pasado con que llenar los museos, restringiendo como ya hemos dicho su actividad a periodos limitados de la historia y a aquellos objetos de relevancia artística. La producción menor, los elementos de la vida cotidiana tanto a nivel de objetos muebles como de construcciones queda relegada al desprecio o al olvido. Este concepto estará presente en gran parte de la actividad arqueológica de este período y la carencia de una metodología adecuada se dejará notar con insistencia siendo sólo parcialmente obviada por la capacidad de intuición y de síntesis de algunos pocos. Dentro de este marco hay que encuadrar una serie de actuaciones que hoy merecen general repulsa, como fue el arrancado de elementos arquitectónicos de numerosos monumentos para su traslado a los museos, promovido e impulsado por los principales investigadores del momento. Sin embargo, para un correcto enjuiciamiento de estas acciones conviene tener presente no sólo los atrasos en la arqueología aún imperantes, sino el estado general del patrimonio arquitectónico, abocado a la ruina tras las acciones desamortizadoras del siglo XIX y una política de restauración guiada por la idea de reconstrucción de los grandes monumentos según criterios que entre otras cosas obligaban a cuantosísimas inversiones con total olvido de los edificios de menor rango y no digamos nada de la arquitectura menor.

89

Dentro de este panorama, la arqueología medieval resulta un campo prácticamente marginado por parte de los arqueólogos oficiales siendo casi exclusivamente abordado por arquitectos, cuya dedicación a estas investigaciones vendrá en parte condicionada desde su actuación dentro de la restauración. Profesionales como Velázquez Bosco y Torres Balbás son a la vez pioneros de la investigación arqueológica medieval y claros exponentes de la corriente conservadora dentro de la restauración, manifestando de este modo una coherencia que reviste distinta intensidad en función del momento en que cada

uno realiza sus intervenciones. Como ya expresé que mi exposición tenía que ser por fuerza parcial por la carencia de estudios de este tema concreto, me voy a centrar en las investigaciones arqueológicas de la época medieval, justamente porque fue un campo que inicia sus primeros balbuceos en este periodo y precisamente por obra prioritariamente de arquitectos: y dentro de la arqueología medieval nos fijaremos sobre todo en la dedicada a la investigación de la arquitectura islámica. Y en este campo vamos a adoptar un criterio eminentemente actual pues la relación de investigación arqueológica de gabinete sino la de campo, la del análisis de las estructuras arquitectónicas visibles y ocultas y en consecuencia la de las excavaciones arqueológicas.

Cuando en 1891 se encomienda la restauración de Córdoba a Ricardo Velázquez Busco, este cuenta ya con un amplio historial y una reconocida experiencia no sólo como arquitecto sino como arqueólogo. Su participación como dibujante en la expedición a oriente de la fragata Arapiles en 1871 le permitieron tener un contacto directo con la arquitectura clásica y también con la islámica de la cuenca oriental del mediterráneo incluyendo los monumentos de Damasco, Jerusalén y el Cairo de los que hablará con pleno conocimiento en alguna de sus publicaciones. Además había dirigido excavaciones arqueológicas en Lancia, cerca de León, en el periodo en que trabajó como delineante de las obras de la catedral de esa ciudad y colaborando en la recogida y recuperación de elementos arquitectónicos y objetos con destino al museo arqueológico nacional, creado en 1867 su formación y conocimientos pueden pues considerarse sólidos en lo que respecta al momento y al nivel que esta ciencia tenía en nuestro país.

Su intervención en la mezquita-catedral estará marcada por una actitud que refleja con bastante claridad la situación del momento. Velázquez se plantea la restauración de un monumento al que aquejan no tanto problemas estáticos o de grave ruina, sino de abandono, desorden en la integración de las aportaciones de distintas épocas y actuaciones de particulares con derechos de patronazgo sobre capillas que actúan con total desprecio del monumento. La actitud de Velázquez es ya de partida radicalmente distinta de la mantenida por otros restauradores del momento. Reconoce que muchas de las adiciones posteriores "desgraciadamente" tienen que conservarse por su valor artístico, lo que supone que al criterio de la unidad de estilo, en parte deseada, antepone el valor de cuantos elementos se contengan en el edificio con independencia de su estilo o época de construcción. En esta actitud subyace sin

la Mezquita de

6

1

90

M A N

duda su espíritu y formación arqueológicos. En las intervenciones que plantea y realiza en la mezquita aparecen estas dos opciones. Por un lado procurar recuperar la unidad de estilo y la forma original del monumento islámico que juzga como el que "más importante de la cultura mahometana de occidente". Pero al mismo tiempo mantiene un rigor científico para la época aunque hoy pudiera ser atacado desde un planteamiento crítico más estricto. Sus intervenciones están aún lejos de lo que años después realizará Torres Balbás, aunque los planteamientos vayan por un camino bastante semejante. Velázquez plantea que toda intervención debe basarse en un concienzudo análisis arqueológico de los restos conservados y que sólo puede restaurarse aquello de lo que exista seguridad en cuanto a su forma primitiva. Descarta por tanto toda invención y pone especial énfasis en la investigación del propio monumento. Los resultados no obstante pueden seguirnos pareciendo hoy como de restauración excesiva pero hay en toda la actuación datos que demuestran una actitud de respeto hacia el monumento y su valor documental. Esto queda claramente expresado en los dibujos de sus proyectos que recogen con exquisito detalle tanto la situación antes de la intervención como la propuesta de restauración. Realizados normalmente con dos tintas, negra para representar la situación inicial y roja para la propuesta, constituyen una documentación tan completa y detallada que permiten no sólo analizar el alcance y criterios de la intervención, sino que pueden ser la base adecuada para el estudio arqueológico del edificio.

Precisamente será su interés por desentrañar todo lo referente al arte del califato el que le lleve a buscar fuentes de información adicional que le ilustren en su labor restauradora. Así, en 1910 conseguirá que se apruebe el permiso de excavaciones arqueológicas en Medina Azahra. Él mismo así lo expresa en su libro sobre Medina Azahra y Almiriya: "Al encargarme la restauración de la mezquita, hoy catedral de Córdoba, comprendí que era indispensable para formar cabal idea de aquel templo y del arte del Califato, hacer excavaciones en el sitio en que se sabía, casi con certeza, que había estado levantado el palacio de Medina Azahra. No hay en España monumento que aventaje en interés histórico-artístico a la mezquita de Córdoba, una de las más antiguas entre las conocidas, al menos en la parte correspondiente a ese primer periodo. Lo tiene no sólo para el arte mahometano, sino también para el hispano-cristiano de los primeros siglos. Pero encierra lagunas y problemas que no pueden resolverse con ella misma, ni con los escasos restos que se conocían de otros monumentos contemporáneos, pues su estudio hace ver la disparidad de caracteres que presentan en su



decoración, en los que hay escuelas distintas pertenecientes, sin embargo, a un mismo periodo, lo que hizo también comprender la necesidad de estudiar directamente los monumentos del Norte de África y del Oriente musulmán”.

Con este espíritu, eminentemente investigador pero guardando estrecha relación con los problemas que le presenta la restauración, lleva a cabo desde 1910 hasta su muerte en 1923, excavaciones sistemáticas en Medina Azahra con resultados de interés notable tanto por su valor científico como por su espectacularidad. Sus actuaciones en el yacimiento responden al tipo de excavación entonces en boga: desescombro de las estructuras y recuperación de los objetos que van saliendo. No hay constancia de una documentación rigurosa ni tan siquiera de un diario de excavación. Lo más probable es que las excavaciones fueran dirigidas por Velázquez con simples vistas esporádicas. En este periodo vive en Madrid, desempeña una Cátedra en la Escuela de Arquitectura y el cargo de inspector de monumentos de la zona Sur, dirige las obras de restauración de la Mezquita y redacta proyectos para la Alhambra. Fruto de sus trabajos iniciales será un libro, “Medina Azahra y Alamiriya”, publicado en 1912 y que recoge los hallazgos de las primeras campañas que pusieron al descubierto entre otras la zona hoy identificada con la Dar al-Mulk o residencia privada del califa con una riquísima decoración que puso de manifiesto su parentesco con la ampliación de la mezquita de Al-Hakam II. Resultado de sus primeras investigaciones son también algunos análisis de las técnicas constructivas a través del estudio de las distintas fábricas utilizadas tanto en Medina Azahra como en Alamiriya y la Mezquita de Córdoba y que expresa con dibujos de gran calidad. En años sucesivos dedicará importantes esfuerzos a la adquisición de los terrenos en que pretende continuar las excavaciones y en los años inmediatos a su fallecimiento, acaecido en 1923, excavará el gran salón que se ha conocido durante mucho tiempo como el Salón de D. Ricardo y que Rafael Manzano interpretó como el salón de la Dar al-yund o casa militar. De esta última etapa se publicó de forma póstuma una memoria con interesantes dibujos y fotografías.

92

La actividad de Velázquez Bosco en Medina Azahra fue eminentemente arqueológica pues no he podido constatar que realizara ninguna restauración, ni tan siquiera consolidación, salvo la anastilosis de alguna columna y el inicio de la recomposición de algunos de los paneles decorativos. Pese a su interés y carácter pionero, las investigaciones de Velázquez no resisten un análisis crítico riguroso. La documentación que facilita está lejos de tener el rigor, incluso de sus trabajos de

otras épocas. Ya no es su mano la que dibuja, sino la de ayudantes con menor experiencia y primor que él. Hay incorrecciones en plantas e incluso en detalles tan significativos como en representar en un dibujo de detalle el arranque de un arco que le sirve de base para la reconstrucción bastante fantástica del gran salón por él excavado, arco que en las mismas fotografías publicadas puede apreciarse que nunca existió pues los muros conservados no llegan a esa altura. La reconstrucción hipotética del salón que él llama del Serrallo más nos inclinamos a atribuirle a un deseo de hacer propaganda de la riqueza e importancia de sus descubrimientos que a un estudio con mínimo rigor. Sabemos por los testimonios trasmitidos que en dicho salón no apareció ninguna de la decoración que en el dibujo se representa y que está inspirada en la encontrada en otras zonas de la excavación. En suma, la actitud y actuación de Velázquez Bosco fue la que cabría esperar del estado de la ciencia arqueológica en la España de su tiempo, aunque no conviene olvidar tampoco que un yacimiento como el Ampurias, cuya excavación se inicia en una década antes, contó en todo momento con un diario de excavación, obra de un hombre meticoloso como fue Gandía, probablemente con menos formación que Velázquez pero con más dedicación y método que él. Sólo la simplicidad del yacimiento, que con su corta vida de apenas 40 años apenas dejó estratigrafía, minimizan los inconvenientes de la falta de un método más riguroso, que pese a todo deja lagunas y dudas en nuestro conocimiento.

5

de

93

Velázquez Bosco participó también en la conservación de la Alhambra y probablemente su ejemplo y directrices influyeron en el entonces arquitecto conservador Modesto Cendoya, moviéndole a realizar excavaciones e investigaciones arqueológicas. Este tipo de acciones ya se habían iniciado anteriormente en el recinto alhambrense de la mano de Mariano Contreras, que ocupó el cargo de arquitecto de la Alhambra entre 1888 y 1907. Hijo del restaurador adornista Rafael Contreras, su actuación será menos escandalosa que la de su padre pero no por ello menos ~~demonstrada~~ por la escuela de los conservadores. Mariano Contreras, como su sucesor Cendoya, dedicarán importantes esfuerzos a realizar excavaciones en el recinto, lo que podría incluir a considerarlos imbuidos de los mismos criterios e intereses que Velázquez. Pero sus investigaciones adolecen aún más si cabe de los problemas que ya hemos visto en Medina Azahra: falta de programa, ausencia del más mínimo rigor y método, y lo que es más grave, incoherencia y desvinculación entre la actividad arqueológica y la restauradora. De hecho, la principal acusación que pesará sobre ellos es la distracción de recursos y de atención en las actividades

de los hechos

arqueológicas cuando la situación del monumento requería una dedicación primordial a los problemas de conservación. Por otro lado, sus mínimas restauraciones seguirán criterios de unidad de estilo, cuando no de invención, sin atenerse a la realidad que expresa el propio monumento. En una palabra, las excavaciones arqueológicas, lejos de estar motivadas o relacionadas con la restauración, influirán negativamente en ella. Mariano Contreras llevará a cabo la excavación de la Rauda o cementerio real nazari, de la parte más occidental del interior de la Alcazaba en donde descubre la puerta primitiva y el baño y realizará prospecciones en el patio de palacio de Carlos V, que Gómez Moreno juzgará como "eficientes" Su sucesor, Cendoya concluirá la excavación de la Alcazaba y de otras zonas como el convento de San Francisco o la zona del Partal mientras persiste el estado de ruina de amplias zonas del monumento. Entre 1890 y 1923 Velázquez intervendrá en la Alhambra como Inspector de Monumentos. Desde 1917 redacta numerosos proyectos para el monumento concebidos dentro de un Plan Director y que debían ser llevados a la práctica por Cendoya. De hecho, la excavación de la Alcazaba responde a un proyecto redactado por Velázquez, que Cendoya se encargó de realizar. Sin embargo no acometió otras de consolidación previstas en los muchos proyectos que redacta Velázquez. Su inactividad en este terreno y especialmente en edificios que en algún momento incluso él propuso derribar, y la muerte de Velázquez en 1923 dejarán prácticamente todos sus planes en manos de un nuevo arquitecto que los llevará a cabo: Leopoldo Torres Balbás. Las ideas de Velázquez se encuadran plenamente en la corriente conservadora. Pretende evitar simplemente la ruina del monumento y proscribe todo intento de reconstrucción acometida sin rigor. Los numerosos planos que realiza para estos proyectos, sin tener en algunos casos la calidad de otros trabajos suyos, responden a un deseo de documentar y dejar constancia del estado de los edificios. No sabemos hasta que punto son suyos o corresponden a levantamientos de Cendoya, pero a la vista del desarrollo de los acontecimientos parecen mas corresponder al impulso e inquietud de Velázquez que de este último. Por otro lado, ni Mariano Contreras ni Modesto Cendoya llegaron a publicar resultados de sus excavaciones e investigaciones. Sólo Cendoya publicó una pequeña memoria cuando ya había sido removido del cargo de arquitecto conservador, más para justificar su actuación frente a las acusaciones que se le hacían, que por verdaderas razones científicas.

A Ricardo Velázquez Bosco sucederán en los dos monumentos que hemos analizado dos arquitectos de innegable

talento y de fecundada actividad que suponen no sólo el triunfo definitivo de la teoría conservadora en el campo de investigación, sino la incorporación de la investigación arqueológica con toda su influencia en la labor de conservación de los monumentos.

En abril de 1923, coincidiendo prácticamente con la muerte de Ricardo Velázquez acaecida en agosto de este mismo año, es nombrado arquitecto-conservador de la Alhambra Leopoldo Torres Balbás. En julio del mismo año, y por expresa renuncia al cargo de Delegado director de las excavaciones de Medina-Azahra, se nombra una Comisión-Delegada-Directora de aquel yacimiento de la que forma parte el arquitecto Félix Hernández Giménez. 7

Entre Velázquez y Torres Balbás y Félix Hernández existe una continuidad a la vez que una profundización en el método y el análisis. Leopoldo Torres Balbás recoge el testigo de las propuestas de Velázquez cuyo Plan Director seguirá, sobre todo en los primeros años, imprimiendo a sus actividades e investigaciones el rigor, que seguramente como fruto de su tiempo, faltó en las realizaciones de aquél. Las investigaciones arqueológicas de Torres Balbás debemos considerarlas como del máximo rigor para su tiempo, supliendo con sus conocimientos e instinto la falta de la metodología y las técnicas auxiliares que hoy prestan apoyo a la arqueología. Felix Hernández, con una trayectoria en parte paralela a la de Torres Balbás, centrará su investigación y conocimientos en Medina Azahra, continuando así también la labor de Velázquez. Su espíritu perfeccionista que le llevó a retrasar la publicación de sus conocimientos hasta mejorarlos una y otra vez, y su dedicación prioritaria a este yacimiento han sido sin duda causa de su menor notoriedad, aunque sus trabajos y publicaciones, mucho más escasos en número, tengan tanto rigor como los de Torres Balbás.

95

La formación arqueológica de Torres Balbás, sin duda menos extensa en sus comienzos que la de Ricardo Velázquez, arranca de su ingreso como alumno en la sección arqueológica del Centro de Estudios Históricos que dirigía Manuel Gómez Moreno, al que acompaño ya en estos primeros momentos en viajes por el centro y norte de España. Esta formación, que adquiere de forma simultánea a la realización de la carrera de arquitectura sin duda su mejor aval para su entrada en la Alhambra.

Dos claras aportaciones introduce Torres Balbás en su actuación en la Alhambra y que hemos de considerarlas como innovaciones modernas a la investigación arqueológica:

Por un lado la realización de planos de detalle con tratamiento analítico en que reflejará los más mínimos elementos que puedan tener interés para la interpretación ~~del momento~~ del monumento y que informan sobre frases constructivas, materiales y datación. Aunque Torres Balbás no sólo no tuvo la claridad como dibujante de Velázquez Bosco sino que por las referencias que tenemos parece que ni tan siquiera fue un mediano dibujante, supo rodearse de buenos ayudantes y aprovechar la documentación que le facilitaban alumnos y colaboradores introduciendo en los trabajos de éstos criterios de rigor en la representación y meticulosidad. La otra gran innovación será la realización la realización de un "diario de obras" que a semejanza de los diarios de excavación, irá reflejado cuantas actuaciones se hagan, y lo que es más importante, cuantos descubrimientos, impresiones o comentarios le merezca el desarrollo de los trabajos. Este *Diario de Obras y Reparos de la Alhambra y Generalife* debería ser un modelo a seguir en todas las restauraciones. Hoy en día constituye un documento inestimable, no sólo para conocer cuantas intervenciones realizó Torres Balbás en la Alhambra, sino infinidad de detalles que fue descubriendo en sus trabajos y que nos desvelan muchos de los enigmas del monumento o nos dan la pauta para su mejor interpretación. A parte de esto Torres Balbás fue un incansable divulgador de sus investigaciones y conocimientos a través de una extensísima bibliografía en que analiza y describe cuanto fue descubriendo en sus obras de restauración y en otros trabajos de investigación. Pese a ello, su *Diario* constituye un documento que aún contiene valiosísima información susceptible de ser usada en cualquier profundización en los temas tratados por él o en otros aún no abordados.

96

Sin ser un teórico de la arqueología de campo, supo comprender el valor de todo elemento hallado y utilizado para tratar de interpretar y datar las estructuras del edificio. La cuidadosa observación y su sagacidad le fueron permitiendo reconocer y datar por comparación de fábricas y solerías los distintos muros y estancias desempeñando de este modo la historia y evolución de la Alhambra en sus detalles menores. Esta rudimentaria metodología le permitirá llegar a un conocimiento profundo y científico de la Alhambra. Veamos a través de sus propias palabras la demostración de su método:

"Cuando se quita la tierra y los escombros acumulados durante siglos, aparece generalmente la parte baja de muros medio destruidos que se entrecruzan en todos los sentidos, de hormigón unos, de ladrillo con distintos aparejos y morteros los más y de mampostería, sola unas veces y otra combinada con verdugadas de ladrillo, otros. De los montados sobre escombros

podemos deducir son obras cristianas, hecha pobremente y con precipitación, y casi siempre ocurre así con los de mampostería; los de hormigón de cal consistente son obra árabe, pues no volvióse a usar esa fábrica en la Alhambra desde el siglo XVI; los de ladrillo hiciéronse en todas las épocas y exigen atento examen para poder fecharlos con alguna probabilidad de acierto. Tan sólo cuando se han conservado las solerías facilitase el estudio pues las de los edificios árabes son siempre cuidadísimas, de piezas perfectamente recortadas, vidriadas algunas veces ...”<sup>1</sup>.

Las excavaciones de Torres Balbás no tendrán pues por objeto primordial sacar a la luz estructuras u objetos, sino clarificar y tratar de datar las distintas partes del monumento. Serán principalmente prospecciones puntuales, registrando cimentaciones o encuentros de estructuras y muchas veces quedarán nuevamente ocultas, aunque siempre bien documentadas. La arquitectura prevalecerá sobre otras consideraciones, pero sin olvidar todas las connotaciones y valores de esta. Por esta razón, una de las labores que fue realizando Torres Balbás fue volver a enterrar muchas de las excavaciones realizadas por Cendoya y que no respondían a un programa bien estructurado sino a la simple curiosidad característica del arqueólogo aficionado más preocupado de realizar hallazgos, que de profundizar en su significado e interpretación.

97

Pocos meses antes de la muerte de Ricardo Velázquez Bosco y tras su renuncia voluntaria, se designaba una Comisión para hacerse cargo de las excavaciones de Medina Azahra. Dentro de esa comisión figuraba el arquitecto Félix Hernández Gimenez, a la sazón afincado en Córdoba. Natural de Barcelona, donde estudió la carrera que finalizó en 1912, fue arquitecto municipal de Soria, Linares y en 1928 también de Córdoba. Su formación arqueológica debió realizarse poco a poco, empezando durante sus estudios universitarios en los que asistió a clases de D. José Pijoán. Durante su estancia en Soria, realizó el levantamiento de las ruinas de Numancia por encargo de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades que quizá supusieron su primer contacto con la arqueología de campo. Gran dibujante, aun cuando pocos de sus dibujos se hayan publicado, usó de esta capacidad como instrumento de estudio y análisis. Según testimonios cercanos, la croquización y medición sobre el terreno y su posterior puesta en limpio eran trabajos personalísimos que realizaba con el máximo detenimiento.

<sup>1</sup> L. TORRES BALBÁS, “El ex-convento de San Francisco de la Alhambra”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXXIX, abril-junio y julio-septiembre, 1931.

Probablemente por esta conocida habilidad ya demostrada, se le incluyó en la citada Comisión en la que trabajó con José María de Navascués.

Su dedicación creciente al yacimiento primero realizando los levantamientos, que ya publica en 1926, y después con tareas de restauración, abocó en su conversión en el auténtico responsable y excavador de Medina Azahra hasta su muerte en 1975. Aunque parte importante de su labor se extiende más allá del periodo que analizamos, su labor en estos años es crucial pues pronto se despierta en él su vocación investigadora que irá pareja a una actividad en el campo de la restauración de absoluto rigor y que con toda justicia hay que adscribir dentro de la escuela conservadora. Designado arquitecto de Zona para Andalucía Occidental, su actividad se desenvuelve por monumentos como el patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla, el anfiteatro de Itálica o el teatro de Mérida. Sin embargo, su dedicación principal va a estar centrada en dos monumentos: Medina Azahra y la Mezquita de Córdoba.

En ellos desarrolla paralelamente labores de restauración y de investigación que le van a permitir en poco tiempo contar con un merecido reconocimiento por parte de investigadores de la talla de Manuel Gómez Moreno o el propio Torres Balbás que serán a la postre difusores de sus profundos conocimientos del arte califal que transmite con generosidad a investigadores consagrados y a jóvenes en formación. En la mezquita de Córdoba sus intervenciones son en general discretas, continuando la labor de Velázquez pero sin actuaciones tan drásticas como fueron las restauraciones de las portadas exteriores o la reposición de los alfarjes de la ampliación de Al-Haqam. Sin embargo, su paciente investigación que realiza en primer lugar a través del levantamiento planimétrico del edificio y que continuará con las excavaciones en busca de la primitiva basílica de San Vicente bajo la primera mezquita de Abd al-Raman II en el interior de la actual torre campanario. Sobre todo esto prepara un estudio monográfico que ya tenía concluido en 1931 pero que por diversas vicisitudes no vio publicado hasta pocos días antes de su muerte<sup>2</sup>. Su labor de investigación se desarrolla también sobre temas históricos y sobre todo de geografía histórica medieval de al-Andalus de la que fue sin duda el gran especialista. Paradójicamente, los temas de arquitectura a los que dedicó sus mayores esfuerzos, acabaron en gran medida inéditos. Un estudio sobre el capitel hispano-musulmán, otro

<sup>2</sup> F. HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, *El alminar de Abd al Rahman III en la Mezquita Mayor de Córdoba*, Granada, 1985.

sobre la arquitectura militar medieval y una gran monografía de Medina Azahra tuvieron una lentísima elaboración por mor de la meticulosidad de su autor. Sólo esta última ha visto la luz, ya como obra póstuma, aunque de forma prácticamente incomprensible al carecer de todo tipo de ilustraciones, extraviadas inexplicablemente a la muerte de su autor <sup>3</sup>. Quizá sea este aspecto el que más claramente distinga las trayectorias de Leopoldo Torres Balbás y de Félix Hernández. Torres Balbás, separado de la restauración directa y dedicado a la docencia y a la investigación tras la guerra civil desarrolló una ingente labor difusora que fue fruto tanto de sus inquietudes como de la tranquilidad que le supuso su apartamiento de las obras. Félix Hernández que tuvo una plena continuidad en su actividad tras la guerra, vio quizás limitada su publicación por esta circunstancia además de por su propio carácter. Según testimonio de Víctor E  
Escribano, Torres Balbás no perdía ocasión para urgir a Félix Hernández a que escribiese más ante el temor de que le pudiera llegar la muerte sin dar a conocer sus muchos conocimientos.

Como arqueólogo, Félix Hernández siguió el modo tradicional de excavar, sin incorporar nuevas metodologías. No hay constancia de que llevara diario de excavación ni un sistema de registros de hallazgos. Si bien la aparente sencillez del yacimiento no exigía grandes rigores metodológicos, la falta de documentación que ha quedado hace difícil profundizar en muchos aspectos de este conjunto y de su arquitectura, teniendo en general que fiarnos de lo realizado en base a la autoridad indiscutible de su autor que en otros casos demostró su rigor y competencia. De todos modos conviene tener presente que incluso después de la guerra civil, los avances metodológicos en la arqueología tuvieron lento desarrollo que muy tardíamente alcanzó a la arqueología medieval. Se puede decir que a la muerte de Félix Hernández eran escasísimos los arqueólogos dedicados al periodo medieval y mucho menos aun aquellos que contaban con una auténtica formación en el trabajo de campo. Sólo a partir de los años 70 la arqueología medieval toma carta de naturaleza y empieza su desarrollo de la mano de jóvenes especialistas formados en trabajos de campo de otros periodos más antiguos. Por otro lado conviene tener también presente que Félix Hernández nunca contó con una infraestructura de medios y personal como tuvo Torres Balbás en la Alhambra. Ni tuvo locales adecuados en Medina Azahra ni presupuesto fijo, lo que sin duda hace que su labor más meritoria. Todo su archivo fue finalmente adquirido por el estado y quedó depositado a su

---

<sup>3</sup> F. HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, *Medina al-Zahra. Arquitectura y decoración*. Granada, 1985.



muerte en el Museo Arqueológico de Córdoba, salvo el plano de la mezquita que fue donado por él y se conserva en el archivo de la Catedral.

Creo que esta visión, necesariamente parcial, puede ayudarnos a tener una perspectiva de la situación de la investigación arqueológica en relación con la restauración de monumentos en el primer tercio de este siglo. Algunas otras intervenciones puntuales realizadas por Puig y Cadafalch y Jerónimo Martorell en Cataluña deberían completar el panorama, que como ya hemos visto, se caracteriza por adolecer en general de metodología moderna. José Puig y Calafalch es el gran arquitecto e investigador en estos años en Cataluña. Aunque su actividad restauradora no revista la importancia que a veces se le ha atribuido, sus estudios sobre la arquitectura medieval y románica en Cataluña le confieren un papel importante dentro del campo de la arqueología medieval. No obstante, a pesar de su rigor teórico, en sus actuaciones se deja influir en exceso por la tradición restauradora como la de su maestro Elias Rogent, reconstructor del monasterio de Ripoll y por el concepto subsidiario que desempeñará la restauración dentro de sus actitudes políticas. Puig y Cadafalch tuvo un contacto directo e intenso con la arqueología de campo en Ampurias, la empresa arqueológica de mayor envergadura y continuidad de esos años en España, desarrollada por la Diputación de Barcelona de la que Puig fue presidente durante bastantes años.

100

Una de sus intervenciones arqueológicas fue la que realizó durante la restauración de la Iglesia de San Pedro de Tarrasa, en colaboración con Jerónimo Martorell. Sin embargo, en este caso una investigación demasiado superficial y carente del adecuado método le condujo a soluciones que hoy son muy cuestionadas. La actuación de Martorell supuso una matización al marcar y documentar el alcance de las reconstrucciones entonces realizadas. En los años ya posteriores a la guerra, Martorell continuará la restauración de este importante conjunto incluyendo en su actuación excavaciones arqueológicas.

Sin embargo, los avances que supusieron los trabajos de todos estos arquitectos apenas tuvieron progresión tras la guerra civil. La arqueología medieval viviría aún casi treinta años más con la misma o peor metodología. Excavaciones como la de la Alcazaba de Málaga, de la que sólo gracias a Torres Balbás tenemos algunos datos, son un ejemplo del modo de hacer que sin duda ha influido en la dificultad con que se ha desenvuelto la incorporación de los estudios arqueológicos a la restauración. Sin duda el apartamiento de Torres Balbás de la práctica

restauradora, limitando su docencia al sólo campo teórico, la escasa relevancia que a nivel oficial tuvo Félix Hernández, y el desinterés por una comprensión global de los problemas del patrimonio frustraron las posibilidades de un mejor desarrollo de estas investigaciones. Actuaciones como las de Francisco Íñiguez Almech, por poner un ejemplo de arquitecto con profunda formación y conciencia de los valores históricos del Patrimonio, no tendrán la proyección que cabría esperar en los criterios de ejecución de las obras y sobre todo en la divulgación de las investigaciones y conocimientos adquiridos en las tareas restauradoras. En muchos aspectos el ambiente cultural y prepotencia de los arquitectos y servicios oficiales no facilitaron el desarrollo de una polémica como la desencadenada en los años anteriores. Las críticas de muchos arqueólogos a actitudes de indiferencia y desprecio hacia la problemática arqueología de los monumentos o la falta de rigor metodológico por parte de la mayoría de los arquitectos tropezarán con dificultades presupuestarias, de rigidez administrativa y en suma, de escasa sensibilidad oficial. Hoy cuando al menos en ciertos círculos y a nivel de reuniones científicas parece que estos temas recobran la atención que creemos merecen, esta mirada hacia el pasado nos debe de servir de reflexión y de enseñanza al ver como al menos en algunos casos y pese a las dificultades existentes, la investigación arqueológica ocupó el lugar que le correspondía en la recuperación del patrimonio arquitectónico.

101

## BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. "Textos y Semblanzas", Cuadernos de la Alhambra, 12, 1976. Homenaje a la memoria de D. Félix Hernández Giménez.

ÁLVAREZ LOPERA, J. "La Alhambra entre la conservación y la restauración (1905-1915)", Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada, XIV. 29-31, 1977.

BALDELLOU SANTOLARIA, M.A. Ricardo VELÁZQUEZ BOSCO, Catálogo de la exposición, Madrid 1990.

CASTELLANO, A. VILAMALA, I. "Les restauracions de les esglésies de Sant Pere de Terrasa", Monografies 3, Diputació de Barcelona, Servei del Patrimoni Arquitectònic.

FERNÁNDEZ-PUERTAS, A. "Bosquejo sobre la labor científica de D. Félix Hernández Giménez", Cuadernos de Alhambra, 10-11, 1974-1975.

GONZÁLEZ, A. "A propòsit de Jeroni Martorell, Puig i Cadafalch I Torres Balbás", Monografies 3, Diputació de Barcelona, Servei del Patrimoni Arquitectònic. Barcelona 1993.

JIMÉNEZ AMIGÓ, R. , RUIZ MARTÍNEZ, E. , CASTEJÓN, R., HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, F. Excavaciones en Medina Az-Zahra (Córdoba). Memoria de los trabajos realizados por la Comisión-Delegado-Directora de los mismos. Madrid 1926.

MUÑOZ COSME, A. La conservación del Patrimonio Arquitectónico Español, Madrid 1989.

VELÁZQUEZ BOSCO, R. Mdina Azahra y Alamiriya, Madrid 1912.

VILCHEZ VILCHEZ, C. La Alhambra de Leopoldo Torres Balbás (obras de restauración y conservación. 1923-1936), Granada, 1988.